

Parto en casa: las mujeres cuentan

Presentación del proyecto de recopilación de experiencias sobre parto en casa

Ana Castillo



Nana Power, Nikki de Saint Phalle

Existe una viva polémica en torno al parto en casa alimentada por opiniones de expertos y profesionales, estudios y datos estadísticos, mientras que las voces de las madres suelen aparecer en los debates en un segundo plano.

Para muchas personas resulta incomprensible que haya mujeres y parejas que eligen dar a luz en el propio hogar, a pesar de tener a su alcance hospitales y clínicas con todos los medios que la obstetricia moderna pone a disposición supuestamente para mayor seguridad de la madre y del bebé. Esa incomprensión suele generar prejuicios, concluyéndose que parir en casa voluntariamente es un acto egoísta, romántico, inconsciente o temerario.

El diálogo sobre la pertinencia y seguridad del parto domiciliario no puede construirse de forma positiva sin que las mujeres cuenten. Junto con las opiniones de expertos, conclusiones de estudios y estadísticas, es necesario dar a conocer los motivos, circunstancias y el sentir de las mujeres que dan a luz en la intimidad. Sus vivencias pueden así contribuir a poner fin a enfrentamientos estériles, a derribar prejuicios y a acabar con el tabú que todavía existe e impide considerar el parto en casa como una alternativa válida, regulada y cubierta por la seguridad social.

Por ello estoy recopilando testimonios de mujeres que han dado a luz en casa a través del cuestionario adjunto al que se pueden agregar textos libres. Pretendo hacer así un trabajo de compilación que añada un pequeño espacio más para la

expresión de madres que puedan contribuir a un cambio de mentalidades respecto al parto domiciliario.

Las experiencias permiten casi siempre comprender por qué muchas mujeres y sus parejas optan por salirse del sistema de atención establecido. Y como, en la necesidad de recuperar autonomía y poder a la hora de parir, subyace muchas veces una profunda insatisfacción, dolor a veces, por experiencias previas, pero también confianza en la propia capacidad instintiva para dar a luz, tantas veces menospreciada por “los expertos”, y un deseo de superar de una vez el miedo atávico al parto. Así, en España son cada vez más las mujeres que se atreven a gritar públicamente sus experiencias traumáticas, el dolor y la frustración ante la pérdida de sus partos soñados por un exceso de medicalización y la ciega aplicación de protocolos hospitalarios.

La reivindicación de una atención al parto respetuosa y acorde con la evidencia científica que alerta de los efectos adversos del intervencionismo de rutina, está llegando muy lejos, en parte gracias a la labor de información y reivindicación por parte de asociaciones como Educer o El Parto es nuestro. De este modo, se han revisado protocolos y generado nuevas guías oficiales de atención y son ya muchos los hospitales que ofrecen “parto natural”, así como profesionales que abogan por la desmedicalización. No obstante, si bien las recomendaciones están ampliamente aceptadas, su aplicación práctica deja mucho que desear a falta de una verdadera concienciación, tanto por parte de profesionales como de usuarias.

Respecto a los profesionales, reciclarse no es fácil cuando la experiencia adquirida tiene poco que ver con la evolución esperada. Así, una matrona me contaba en una ocasión como empezó a calar su cuestionamiento: comprendí realmente el desarrollo espontáneo del parto y el sentido de mi trabajo cuando acompañé por primera vez un parto en casa después de muchos años de profesión. Tuve que desaprender la imposición rutinaria de protocolos, para aprender a atender a mujeres que deseaban adueñarse de sus partos.

No obstante, las propias mujeres, no somos a veces conscientes de que las cosas puedan ser de otro modo. En mi caso, después de un parto hospitalario di a luz en casa en tres ocasiones y ello me hizo ver mi propia experiencia inicial de forma diferente.

Mi toma de conciencia

Mi hijo mayor nació en una pequeña y acogedora maternidad del sur de Francia y supe inmediatamente que acababa de vivir la experiencia más impactante y sublime de mi vida. Quedé convencida de que mi parto había sido perfecto y la atención recibida intachable. Mi hijo nació de forma espontánea, sin inducciones, sin anestesia ni episiotomía. Sentía que había dado a luz por mí misma, con mi propia fuerza, que había sido capaz de rechazar la epidural y experimentar así todas las sensaciones de mi parto. Me sentía orgullosa de mi “hazaña”, poderosa y llena de confianza ante el reto de mi recién estrenada maternidad. Ocho años después nació mi segundo hijo en casa. Sólo entonces comprendí que mi primera experiencia no había sido tan perfecta como pensaba

y descubrí que la vivencia del parto podía ser aún mejor. En casa me había sentido libre y desinhibida en todo momento para adoptar las posturas que mi cuerpo me pedía, para gritar, para encerrarme en mi misma, para “dialogar” con las contracciones, acogerlas, bailarlas, cantarlas, para bañarme sin prisas, para ayudar a mi hijo a nacer con mis propias manos, de forma totalmente instintiva. Tomé conciencia de que las contracciones de mi primer parto podían haber sido más llevaderas si me hubieran permitido moverme, en lugar de permanecer tumbada en una camilla conectada al monitor. Tomé conciencia de que mi hijo recién nacido lo único que necesitaba era el pecho de su madre, en lugar de pasar por su primera revisión pediátrica nada más nacer, siendo pesado, medido, manipulado mecánicamente y colocado en una cuna en la que permaneció “en observación” durante más de tres horas a pesar de que no había motivo médico alguno. Tomé conciencia de la violencia absurda que supuso esa separación para mi hijo y para mí, al privarnos del precioso contacto y reconocimiento de las primeras horas y del inicio inmediato de la lactancia. Tomé conciencia de que en el imponente entorno hospitalario no había encontrado la fuerza para exigir lo que mi instinto pedía, pensando que “ellos son los que saben” y que mi obligación era comportarme como una paciente sumisa. Y sobre todo, tomé conciencia de la agresión que supone el interferir y coartar la espontaneidad del parto por simple rutina, sin necesidad, pues el cuerpo femenino ya posee toda la sabiduría instintiva para sobrellevar las contracciones, dar a luz y recibir a nuestras crías de la forma más digna y saludable.

Aquellos que deseen participar en la encuesta pueden descargar el cuestionario en el siguiente enlace www.educer.es/webs/otros/CuestionarioAnaCastillo.doc

Con la colaboración de : www.nacerencasa.blogspot.com